1.
Wall Street, 1920

> ¡No habéis mostrado ninguna compasión hacia nosotros! Nosotros actuaremos del mismo modo. *¡Os vamos a dinamitar!*
>
> Amenaza anarquista (1919)[1]

En un cálido día de septiembre de 1920, unos pocos meses después del arresto de sus camaradas Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti («los mejores amigos que tengo en Estados Unidos»), un vengativo inmigrante italiano anarquista llamado Mario Buda estacionó su coche de caballos en la esquina de Wall Street y Broad Street, cerca de la nueva sede federal de la Assay Office y frente al edificio de J.P. Morgan and Company. Los socios de Morgan, entre los que se encontraban los grandes Thomas Lamont y Dwight Morrow (el futuro suegro de Charles Lindbergh), estaban tratando importantes asuntos financieros en una sala de reuniones situada en la planta baja. Puede que Buda ladeara su gorra en dirección a esos despreocupados magnates cleptómanos que

1 Avrich, Paul (1991), *Sacco and Vanzetti: The Anarchist Background*, Princeton, p. 137. Avrich, que falleció en 2006, fue el más importante historiador estadounidense del anarquismo. Fue gracias a los recuerdos confusos de los anarquistas coetáneos de Buda que consiguió lo que anteriormente no habían logrado J. Edgar Hoover ni el FBI, esto es, determinar que fue Buda quien puso la bomba en Wall Street. Mi relato se basa tanto en las averiguaciones de Avrich, como en el *New York Times* y el *Chicago Tribune*, en sus ediciones del 17 al 21 de septiembre de 1920. Véase, también: McCormick, Charles, *Hopeless Cases: The Hunt for the Red Scare Terrorist Bombers*. McCormick se abstiene de atribuir responsabilidad alguna en relación al atentado.

habían amasado grandes fortunas (los *robber barons*) antes de apearse del coche con actitud indiferente y desaparecer de forma inadvertida en medio de la multitud en la hora del almuerzo. A unas manzanas de allí, un cartero halló sobresaltado unos panfletos con una extraña y brutal amenaza: «¡Liberad a los presos políticos, o moriréis todos!». Firmaban como «Combatientes Anarquistas de Estados Unidos».

Buda, alias *Mike Boda*, era un veterano seguidor de Luigi Galleani, teórico anarquista y editor del *Cronaca Sovversiva* (*Crónica subversiva*), periódico que en 1918 el Departamento de Justicia de Estados Unidos había señalado públicamente como «el más peligroso de todo el país». Los galleanistas (un grupo de activistas, cuyo núcleo probablemente nunca sobrepasó los 50 o 60 miembros) eran los principales sospechosos de diversas tramas para perpetrar acciones violentas con dinamita, incluidos el famoso atentado con explosivos del Día de la Preparación en San Francisco en 1916 (por el que fueron injustamente incriminados los sindicalistas Tom Mooney y Warren Billings) y las cartas bomba enviadas a miembros prominentes de la administración Wilson, así como a J.P. Morgan y John D. Rockefeller en junio de 1919. Los círculos de lectores del *Cronaca Sovversiva* que se reunían a la sombra de las fábricas de seda de Paterson y las acerías de Youngstown –de una forma no muy diferente a cómo se reúnen actualmente ciertos grupos para estudiar el Corán en barrios degradados de Brooklyn y del sur de Londres– constituían una atracción fatal para la alienación inmigrante; una alienación que se trocó en rabia cuando se desató la histérica persecución de los extranjeros que dio lugar a las llamadas *redadas Palmer* en 1919 en contra de los radicales de toda laya. Cuando el fiscal general A. Mitchell Palmer firmó la orden de deportación de Galleani en febrero de 1919, en las fábricas de Nueva Inglaterra aparecieron folletos anónimos prometiendo «aniquilar» a los encargados de las deportaciones «a sangre y fuego».

Mientras Buda, que había decidido convertirse en el ángel vengador de los anarquistas encarcelados y deportados, se alejaba de Wall Street, empezaron a doblar las campanas de la cercana Trinity Church para anunciar el mediodía. Antes de terminar de tocar, el carro cargado con material explosivo de gran potencia (probablemente gelignita robada de las obras de construcción de un túnel) y metralla se transformó en una inmensa bola de fuego, excavando un gran cráter en medio de Wall Street. Las ventanas estallaron en las caras de los trabajadores de las oficinas cercanas, los peatones fueron acribillados por las esquirlas de metal, sus cuerpos literalmente cercenados por fragmentos de cristal,

las marquesinas y los coches estacionados envueltos en llamas, y una asfixiante nube de humo y escombros cubrió Wall Street. Los rascacielos se vaciaron en un abrir y cerrar de ojos. Una multitud presa del pánico pasaba por encima de los cuerpos desplomados esparcidos por las aceras, algunos de los cuales se retorcía de dolor. En la calle sin árboles revoloteaban, chocando unos contra otros en medio de ráfagas de viento y ceniza, unos papelitos de color verde con los retratos de presidentes; se trataba de una parte de los 80 000 dólares en metálico que se estimó abandonaron los recaderos de los bancos, que huyeron aterrados o yacían heridos en el lugar. Nadie sabía si podían producirse nuevas explosiones, y las amedrentadas autoridades suspendieron la actividad comercial y bursátil por primera vez en la historia.

Como no podía ser menos, un ataque contra Wall Street fue inmediatamente considerado una emergencia nacional. Desde la isla del Gobernador fueron rápidamente fletados, con sus rifles y bayonetas, un centenar de soldados para que protegieran la Assay Office y el contiguo edificio del Sub Treasury, al tiempo que el jefe de los sabuesos de Estados Unidos, William Flynn, director de la Oficina (federal) de Investigación, se apresuraba a tomar el primer tren que salía de Washington en dirección a Nueva York. En los días siguientes al atentado, el departamento de policía de Nueva York (NYPD) trató de ensamblar los grotescos restos de una «máquina infernal»: una cabeza de caballo, pezuñas herradas y el eje retorcido de un carruaje. Los anarquistas, el sindicato IWW (Trabajadores Industriales del Mundo) y los bolcheviques de última hora se convirtieron automáticamente en sospechosos. El *New York Times* no tardó en publicar en grandes titulares: «Descubierta una trama roja tras el atentado». Mientras la policía y los investigadores federales se concentraban en los *rojos* más conocidos, como el activista sindical Carlo Tresca, Buda regresó a Italia sin levantar sospechas. (No se sabe si otros galleanistas participaron en la organización del atentado, o si Buda fue capaz de preparar en solitario una acción de esa magnitud).

Mientras tanto, el juez de instrucción levantaba acta de 40 muertos (algunos de los cuales habían quedado completamente irreconocibles) y más de 200 heridos, incluidos el presidente del Equitable Trust, Alvin Krech, y el hijo de J.P. Morgan Jr., Junius.

Andando por la calle, Joseph P. Kennedy sufrió una fuerte sacudida, pero no resultó herido. No cabe duda de que Buda debió de sentirse muy decepcionado cuando se enteró de que, en el momento del atentado,

Jack Morgan se encontraba en su finca de caza en Escocia, y que sus socios Lamont y Morrow salieron ilesos del ataque.

Sin embargo, un inmigrante pobre con un poco de dinamita robada, un puñado de fragmentos de metal y un caballo viejo consiguió sembrar un terror sin precedentes en el sanctasanctórum del capitalismo estadounidense.